

HISTORIOGRAFÍA MEXICANA

COORDINACIÓN GENERAL
JUAN A. ORTEGA Y MEDINA • ROSA CAMELO

VOLUMEN III

EL SURGIMIENTO DE LA HISTORIOGRAFÍA NACIONAL

COORDINACIÓN
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 2011

CONTENIDO

Introducción *Virginia Guedea*

11

UN LUGAR EN LA GEOGRAFÍA Y EN LA HISTORIA

Alexander von Humboldt *José E. Covarrubias V.*

35

LA HISTORIA DE LA INSURGENCIA

Servando Teresa de Mier *Yael Bitrán Goren*

65

William Davis Robinson *Virginia Guedea*

93

Carlos María de Bustamante *María Eugenia Claps*

109

LA VISIÓN ESPAÑOLA

Pablo de Mendíbil *María Eugenia Claps*

129

Mariano Torrente *Patricia Montoya Rivero*

143

LA HISTORIA INMEDIATA

Vicente Rocafuerte *Jaime E. Rodríguez O.*

169

Joel Roberts Poinsett *Jaime E. Rodríguez O.*

183

Vicente Filisola *Miguel Soto*

201

LOS PROYECTOS PARA CONSOLIDAR LA NACIÓN

Lorenzo de Zavala *Teresa Lozano Armendares*

213

José María Luis Mora *Anne Staples*

241

Tadeo Ortiz de Ayala *José E. Covarrubias V.*

257

Mariano Otero *Cecilia Noriega Elto*

277

HISTORIA: SER NACIONAL Y DESTINO

Lucas Alamán *Enrique Plasencia de la Parra*

307

Luis G. Cuevas *Juan A. Ortega y Medina*

349

José María Tornel y Mendívil *María del Carmen Vázquez*

357

José María Bocanegra *Martín González de la Vara*

391

LOS TESTIMONIOS DEL SURGIMIENTO DE LA NACIÓN

José María de Liceaga *Javier Torres*

413

Anastasio Zerecero *Luis Jáuregui*

427

UN LUGAR EN LA HISTORIOGRAFÍA UNIVERSAL

William H. Prescott *Alicia Mayer*

447

INTRODUCCIÓN

Nuestro siglo es el siglo de la historia.
GABRIEL MONOD, *Revue Historique*, 1876

Como bien apunta Monod, el siglo XIX fue el siglo de la historia. Esto, que resultaría a todas luces evidente para los finales de la centuria, sería percibido casi desde sus inicios. A decir de Augustin Thierry, a partir de 1823 comenzó un soplo de revolución que reavivó todas las ramas de la literatura, y los trabajos históricos ocuparon un lugar importante en el favor popular al tiempo que los escritores de primer orden se consagraban a ellos de manera preferente. Todo lo anterior haría surgir la opinión de que la historia sería el sello del siglo XIX, como la filosofía lo había sido del XVIII.¹ El interés por el pasado que caracterizaría al siglo XIX no sólo provocaría que los trabajos históricos fueran en extremo abundantes sino que se diversificaran, al igual que los públicos entusiasmados por ellos. Asimismo provocaría que distintos géneros literarios adoptaran la forma de la historia.² Igualmente provocaría que la historia permeara todos los terrenos del conocimiento humano, en los que se introdujo la noción de evolución, esto es, de desarrollo histórico.³ La historia, vista como un movimiento progresivo, llevaría implícita la idea del progreso.⁴

Pero el siglo XIX, además de ser el siglo de la historia, fue también el siglo de las revoluciones. Revoluciones que en no pocos de los casos desembocarían en la creación de nuevos estados nacionales. En esto, América, casi siempre a la zaga de Europa, se le adelanta. Con sus sangrientas y asoladoras revoluciones de independencia, primero; más tarde, con la dolorosa y difícil formación de sus nuevas naciones. Y la historia va a ser uno de los medios más útiles y más utilizados para llevar a cabo la unidad nacional de estos nuevos países. Será fundamental-

¹ Augustin Thierry, en su prefacio a *Diez años de estudios históricos*, 1834, citado por Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 104.

² Francois René de Chateaubriand, citado por Carbonell, *La historiografía*, p. 105.

³ Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, México, Ediciones Martínez Roca, 1975, p. 11.

⁴ Véase John B. Bury, *La idea del progreso*, Madrid, Alianza Editorial, 1971 (Libro de bolsillo 323).

mente a través del conocimiento de un pasado común como se busque crear una conciencia nacional que unifique e identifique a los nuevos ciudadanos.

Así, no resulta casual que las primeras obras históricas mexicanas se ocupen de manera primordial del pasado más inmediato. Los historiadores del México de la primera mitad del siglo XIX se encargaron, sobre todo, de dar cuenta de las guerras de emancipación y de los primeros años de vida independiente. Tampoco resulta casual que casi todos estos historiadores fueran también actores en dichos procesos. La presente sección, titulada *El surgimiento de la historiografía nacional*, incluye las principales obras históricas que nos dejó esa generación de mexicanos nacidos en la Nueva España que tomaron parte en el proceso de emancipación y que se ocuparon de sentar las bases de la nueva nación. Activos todos ellos en política, lucharon por que su proyecto de vida nacional fuera el que se impusiera en México, y su interés por escribir y dejar a la posteridad no sólo un testimonio de lo acontecido durante esos años sino también una versión que diera cuenta de cómo se había dado este acontecer se debe, más que a otra cosa, a que buscaron con ello dar razón de su actividad política. Sus obras tienen un sentido muy claro: el de enraizar en la historia mexicana la explicación de un pensamiento político propio, que fue el que rigió su acción y que ellos consideraron, fundamentalmente, como producto del grande amor que tenían a su patria. Fueron, pues, sus escritos históricos en grandísima medida una forma más —y una forma en verdad exitosa— de hacer política. Por ello, la historiografía que primero nos da cuenta del proceso de emancipación de la Nueva España y de los inicios del México independiente resulta ser una historiografía fundamentalmente política.

Y es que el principal problema para dar cuenta de los primeros años de la nueva nación, digamos el periodo que va de 1821 a la mitad del siglo y que, *grosso modo*, corresponde al de la formación del Estado mexicano, fue —y sigue siendo— explicar por qué el México recién independiente no tuvo éxito político. En ningún momento el país llegó a contar con un gobierno nacional fuerte y respetable y, sin poderse constituir políticamente, se fue debilitando cada vez más. Como nos dice Michael Costeloe, los presidentes no duraron; los vicepresidentes se rebelaron contra los presidentes o fueron destituidos; los ministros también se rebelaron cuando les convino; los miembros de los congresos nacionales y de las legislaturas estatales participaron de igual manera en rebeliones y conjuras, y varios de los congresos fueron suspendidos por el ejecutivo en turno.⁵ Se ensayaron formas bien

⁵ Michael P. Costeloe, *La Primera República Federal de México (1824-1835)*. Un

distintas de gobierno sin éxito alguno. El país resultaba ingobernable y se vivía, al parecer, una era de desconcertante anarquía en la que las distintas facciones se disputaban el poder y en la que todos opinaban y todos querían mandar. No obstante, este periodo —como nos dice, entre otros, el propio Costeloe— no fue tan carente de sentido, y se dio en él una importante evolución. Las numerosas, y en ocasiones un tanto vagas, ideas y opiniones sobre cuál debía ser la organización política del país se fueron madurando y decantando, y los grupos políticos se fueron definiendo y perfilando hasta permitirnos vislumbrar, hacia fines del periodo, una división en dos grandes grupos, liberales y conservadores, en los que van a ir quedando subsumidos todos los demás.

Las contradicciones que se fueron dando en el proceso organizativo nacional derivaron, en mucho, de las ambigüedades que caracterizaron la instalación del primer gobierno independiente. Estas ambigüedades fueron, a su vez, resultado de la forma en que se dio el proceso de emancipación y muy en particular de cómo culminó este proceso. La independencia se alcanzó con el consenso de la gran mayoría de los novohispanos. Pero hay que tener presente que fue un consenso que se dio en buena medida por cansancio. La verdad es que todos estaban exhaustos de luchar. Alrededor de un objetivo común, alcanzar la independencia de España, Agustín de Iturbide logró en 1821 articular los intereses de los diversos grupos que desde 1808 y por distintos medios buscaban alcanzar cambios de importancia dentro de la Nueva España, los que entonces se convencieron que el emanciparse de España era el mejor camino para promover esos cambios. Pero esta articulación de intereses se dio tan sólo respecto al objetivo bien concreto de alcanzar la independencia, y ese consenso no se dio en cuanto a la forma de gobierno que debía dársele a la nueva nación. De este modo, el México independiente inició su existencia sin haber resuelto los conflictos de intereses que se daban entre los distintos grupos, lo que marcaría de manera por demás notoria al periodo que siguió a la independencia.

Dos fueron los signos —que son las dos caras de una misma moneda— bajo los que se dio el proceso de emancipación novohispano: el de la politización y el de la militarización. La crisis imperial que planteara la ausencia del poder real en 1808 dio inicio a un proceso de politización de la vida novohispana, en el que no sólo se intensificaría la actividad política sino en el que se darían nuevas formas del quehacer y del pensar políticos, lo que a la larga devendría en la formación y el desarrollo de una nueva cultura política.

A partir de que en 1810 se abriera la opción de la lucha armada, del enfrentamiento mediante el uso de la fuerza que abrió la puerta al proceso de militarización, los novohispanos debieron definirse con toda claridad, ya como defensores del régimen colonial, ya como sus opositores. Pero esta definición resultó muy difícil para la mayoría. Si bien se dieron estas dos posturas extremas, entre una y otra se dio asimismo una amplia gama de posturas intermedias. Por un lado, el movimiento insurgente vino a ofrecer una alternativa de acción política *fuera* del sistema, sobre todo a partir de que sus principales jefes intentaran establecer un órgano de gobierno alterno. Por otro, también *dentro* del sistema se dieron posibilidades interesantes. Los cambios que en la estructura misma del orden político imperial se fueron haciendo por entonces en la península ofrecieron una vía cada vez más amplia para el quehacer político, muy en particular a partir del establecimiento del orden constitucional en 1812. Y a pesar de que ambas opciones se cerraron con el retorno al antiguo régimen en 1814 y con la derrota de la insurgencia organizada un año más tarde, para 1820 se abrió de nueva cuenta la opción constitucional. No sería sino hasta 1821 cuando la mayoría de los novohispanos se decidiría de manera definitiva por una de dichas posturas.

Así, el enfrentamiento que desde 1808 se dio entre intereses domésticos e intereses imperiales no significó necesariamente que la mayoría de los novohispanos asumiera una de estas posturas radicales de manera plena y definitiva. Antes al contrario, fueron muchos los que, atraídos por las posibilidades que se les ofrecían tanto dentro del sistema como fuera de él, asumieron indistintamente una u otra de estas posturas, o una y otra, o alguna intermedia, dependiendo en buena medida de cómo sus muy personales circunstancias iban siendo afectadas por lo que ocurría en la Nueva España.

Porque la verdad es que hasta 1821 muchos novohispanos creyeron que podían alcanzar los cambios que deseaban, ya actuando dentro del sistema, ya fuera de él. Esto es, formando parte del imperio español. Sólo hasta que se convencieron de que su condición colonial representaría siempre un freno a sus aspiraciones de lograr una verdadera autonomía dentro del imperio y de alcanzar la deseada igualdad de derechos con la metrópoli, optaron por emanciparse de España. Las nuevas y cambiantes circunstancias que se les presentaron a partir de 1808 les brindaron distintas opciones para el ejercicio de la actividad política, lo que les permitió promover sus intereses de diversas maneras. Por todo esto, muchos de ellos asumieron la postura que en un determinado momento les resultó más conveniente. Esto, si bien prolongaría el proceso de emancipación, también enriquecería la vida política